

DaBAR



Ciclo_C

19 de abril de 2025
Vigilia Pascual

n^o
26

Año LI

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Y de pronto...

¡Jesús ha resucitado! Ese es el grito que hoy se oye en toda la Iglesia. No sé a vosotros, a mí me pasa que, en el día a día, no siempre me resulta fácil experimentarlo y transmitirlo.

Pensando un poco lo que quería escribir, quiero compartir con vosotros algo que ha sido muy significativo para mí en este último año y que, en este tiempo de Pascua que empezamos ahora, se llena de una densidad especial. Enseguida entenderéis por qué.

Hace seis meses, uno de mis compañeros de trabajo contrajo un virus que puso su vida al borde de la muerte. Como cada viernes, nos despedimos hasta el lunes, deseándonos un buen fin de semana. Nada hacía presagiar lo que se avecinaba. El sábado por la tarde nos llegaban noticias terribles: ingresado en la UCI, cada vez peor, la frase más repetida era "se muere". Parecía mentira, pero en unas horas, la vida de un hombre fuerte y sano iba a ser arrebatada por un virus. Los médicos hicieron todo lo posible y eso, unido a un organismo sano, hizo que después de meses saliera hacia delante, pero todo ese tiempo de UCI hizo que fuera necesario amputarle las dos piernas y las falanges de las manos. La alegría inicial se tiñó de desolación... Y, ahora, ¿qué?... ¿cómo va a poder vivir a partir de ahora?... ¿cómo lo va a afrontar? Se nos hacía muy complicado acompañar ese dolor por el propio dolor. Era difícil ofrecer palabras de ánimo cuando la tristeza se había apoderado de cada uno de nosotros.

Los cuidados hicieron que su salud se fuera fortaleciendo y que llegara el día en el que él se quisiera mostrar. Verlo era el deseo que albergaba cada uno de nosotros en su interior. Reconozco que los nervios se apoderaron de mí. Parece estúpido, pero mi gran preocupación era no saber dónde

mirar. Quería ser natural pero no sabía cómo. Todo fue mucho más fácil de lo que podía imaginar y lo fue, porque él hizo que lo fuera, por la manera en la que él afronta ese primer encuentro y es que, con suavidad, te muestra su más auténtica verdad: te va integrando en lo que vive, sin dejar que te quedes al margen, mostrándote sus heridas y haciéndote partícipe de su opción por la vida, por afrontarla desde donde está ahora, mirando las posibilidades que cada día le trae, después de haber transitado la noche más oscura. La experiencia compartida de todos los que hemos podido acercarnos al hospital es la misma, aunque expresada de maneras distintas: modelo de vida, aire que llega hasta el fondo, luz, posibilidad, horizontes nuevos, aceptación serena y reconciliada, paz, mirar la vida con otros ojos...

Leyendo el evangelio de la vigilia, no me resulta difícil encontrar puntos comunes entre esta experiencia y lo que alcanzo a entender, intuyeron las mujeres en aquel amanecer. Jesús resucitado se ha hecho presente en cada uno de los encuentros que hemos tenido en el hospital porque en el silencio de la noche, tras muchas lágrimas de rabia, de tristeza, de dolor se va abriendo paso una luz suave y discreta que toca el corazón, sacude la tristeza y devuelve el verdadero sentido a la vida. Uno siente que la piedra del sepulcro ha sido corrida y la vida que parecía sepultada, brota con una fuerza distinta, quizá más serena, más honda, más consciente. Y uno sale de allí cargado de palabras de vida para acompañar, animar, alentar.

Ojalá podamos descubrir todos los brotes de vida que el Resucitado nos regala cada día.

Charo Pérez
dabar@dabar.es





Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Comentamos el texto de Éxodo 14, 15-15, 1

Contexto. La salida o liberación del pueblo de Israel nunca es presentada en la Biblia como una victoria fácil, al estilo de esos espectaculares filmes norteamericanos. Toda salida implica ruptura con algo conocido, familiar, cómodo..., y gran dosis de riesgo, ya que incluso se desconoce el futuro.

Los obstáculos que se oponen a la liberación del pueblo son muy variados: físicos (desierto, paso del Mar Rojo...), políticos (mano de trabajo barata...) y, sobre todo, psicológicos: la obcecada y tenaz resistencia del mismo pueblo a ser liberado. De todas estas dificultades habla con frecuencia el texto bíblico.

Texto. El Mar Rojo es un obstáculo físico que se opone a la liberación del pueblo de la esclavitud. Su paso es etapa final; pasar es salvarse. Esta hazaña está descrita con todo detalle en Ex. 14, pero ¿se trata de un hecho histórico o es más bien fruto de la fantasía? El relato, sin duda, contiene datos históricos, de lo contrario sería imposible explicar su gran influencia en toda la literatura bíblica; algo muy diverso es intentar ver historia en todos y cada uno de sus detalles. Cogidos entre dos fuegos (mar y ejército egipcio), los israelitas viven una situación sumamente delicada. Tal vez, en ese preciso momento, pudo haber acaecido un hecho inesperado—no sabemos cuál—que ocasionó su salvación. Quizá fuera un hecho tan natural como la bajada y subida de olas marinas (Israel sabía poco de fenómenos marinos) que les permitió vadear este brazo de mar de aguas poco profundas, mientras que sepultó en su seno al ejército del faraón. No lo sabemos, como tampoco lo sabían las diversas tradiciones bíblicas que se entremezclan a lo largo del capítulo. Lo más original y extraordinario del relato bíblico es la interpretación religiosa que de los hechos hacen sus autores, viendo siempre a Dios dirigiendo el acontecer humano.

Con el correr del tiempo, este acontecimiento se convirtió en epopeya; por ejemplo, mientras el v. 21 sólo habla de un viento fuerte que seca las aguas y permite pasar a los israelitas, el v. 29 hace una descripción fantástica: las aguas forman dos murallas y los israelitas pasan entre ellas.

En esta epopeya hay un héroe, Dios, y un antihéroe, el faraón. Cuando acosan las tropas enemigas, el ángel del Señor (//columna de nube//Dios) se interpone entre los dos campamentos, pero ¿quién saldrá vencedor? El triunfo le corresponderá al héroe. El viento o soplo divino se cierne sobre las aguas (símbolo de la desgracia, del mal, del pérfido Egipto); y así como en Gn. 1, 1 2 este aliento o viento impone el orden sobre el caos, aquí domina el obstáculo de las aguas y hace vadeable el Mar Rojo. El Dios de Israel no sólo es el Señor de la creación, sino también de la historia.

Este gesto salvífico hace que Israel crea en su Dios (v. 31). Y al contemplar su historia, el pueblo medita y ve en ella la mano del Señor; en respuesta entona un cántico (Ex. 15), expresión de fe en un Dios que ha actuado en su favor.



Reflexiones. Rûh, espíritu, viento o aliento divino, que sopla sobre las aguas, es la fuerza varonil que fecunda el seno de las aguas dando vida al pueblo de Israel, liberándolo. En esta Vigilia Pascual, el rûh sopla sobre el seno de las aguas bautismales haciéndonos renacer a una nueva vida (Jn 3).

Dios salva al pueblo, lo libera, pero en esta tarea debemos comprometernos todos los cristianos. Nuestra Iglesia no puede quedarse con los brazos cruzados, como mera espectadora de la opresión de tantos hermanos que sufren. Sólo si nos comprometemos, tendremos derecho a unirnos al coro de Israel entonando un cántico de gracias al Dios de la Historia.

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

En el capítulo sexto de la carta a los Romanos, Pablo va a ir desarrollando la idea de que el hombre, obtenida ya la justificación, se ha apartado del pecado. "Pecado" se sigue utilizando como en 5, 12-21, es decir, como si fuera una fuerza personificada del mal que pretende dominar al hombre. Así, los vv. 1-14 de este capítulo sexto nos van a hablar de que cristiano, unido a Cristo por el bautismo, está muerto al pecado.

Comienza el capítulo con una aclaración de Pablo. Se puede objetar que si el pecado no es obstáculo para que Dios nos conceda su gracia, entonces ¿para qué queremos cambiar nuestra vida anterior? Si pecamos, Dios multiplicará su gracia (v. 1). Quizá sea un razonamiento extraño, pero era posible que algunos, en sus comunidades, lo pudieran pensar. A este pensamiento podían contribuir las religiones místicas de la época, en las que, sólo con iniciarse en el rito, ya estaba asegurada la salvación, sin importar mucho el tipo de vida que se llevara. A esta objeción, Pablo responde negativamente.

Afirma después Pablo (v. 2) que hemos muerto al pecado. Pero necesita explicar dónde y cómo hemos muerto al pecado. Es lo que va a hacer en los vv. 3-11. Hace un análisis teológico del significado del bautismo. La afirmación fundamental la encontramos en el v. 3: "Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte". Pablo, seguramente, está pensando en el bautismo sacramento, practicado por Jesús y los apóstoles y que es la puerta de entrada a la Iglesia. Pero también hay otra idea que va más allá de esta afirmación: la realidad es que por el bautismo quedamos unidos místicamente a Cristo y el simbolismo es el de la inmersión (el bautismo se practicaba entonces por inmersión), pues quedamos "sumergidos" en Cristo.. Y Pablo todavía sigue más con este razonamiento y dice que "hemos sido incorporados a su muerte". Pero literalmente dice: "Fuimos bautizados en su muerte", es decir, inmersos, sumergidos en su muerte, una muerte redentora que deja atrás nuestro "hombre viejo" y aparece el "hombre nuevo".

La tesis de Pablo puede quedar probada con lo anterior, pero desarrolla todavía más su pensamiento. Habla de la muerte y sepultura (v. 4). El cristiano ha sido muerto y sepultado en Cristo, por lo que tiene ya el punto de partida hacia la resurrección. La idea de resurrección, igual que la de muerte y sepultura, estarían simbólicamente representadas en el rito del bautismo (v. 5). Este rito tiene dos momentos: el de la inmersión (imagen de la muerte y sepultura) y el de la salida de esa inmersión (imagen de la resurrección).

En resumen, a través del bautismo quedamos unidos (literalmente: "injertados" – v. 5 –) en Cristo formando una misma cosa con él. La conclusión de los razonamientos que siguen y que van respondiendo al planteamiento del v. 1, la encontramos en el v. 11: "Estáis muertos para el pecado, pero vivos para Dios..."

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

Nos encontramos esta noche ante el inicio del último capítulo de Lucas, que comienza con el relato de la resurrección, más bien con el relato de la tumba vacía. Estamos en la madrugada del primer día tras la pascua judía, el domingo de nuestra pascua. La perícopa anterior recoge cómo



José de Arimatea reclama el cuerpo y las mujeres del grupo de Jesús prepararon con premura el cadáver para llevarlo al sepulcro y terminar de prepararlo tras la fiesta. Solo restan tres pericopas más en el Evangelio: los discípulos de Emaús, la aparición de los apóstoles y la ascensión de Jesús.

Texto

La resurrección se llevó a cabo sin testigos, en el primer día de la semana, cumpliendo la predicción de Jesús (Mt 12, 40; Mc 8,31, 9,31). Los judíos numeraban los días de la semana, el único con nombre era el Sabbath, el día siguiente, el primero, es nuestro domingo. El último día de la semana Dios descansó (Gn 2, 2s.) y este día séptimo no es excepción, esto hace que la Iglesia se reúna en domingo haciendo memorial de la resurrección del Señor (Hch 20, 7; 1Cor 16, 2; Col 2, 16s.; Ap 1, 10). Las mujeres acuden al sepulcro con las especias que habían preparado para terminar de preparar el cuerpo, han salido de casa cuando aún estaba oscuro, al llegar vieron la piedra removida y se temieron lo peor, que hubiesen robado el cadáver. Ellas no podían moverla (Mc 16,3), no sabían nada de los soldados que mandó poner Pilato por iniciativa del Sanedrín (Mt 27, 62-66) durante el día de reposo, que podían haber huido ya por haberse quedado dormidos cuando la piedra fue movida. Las mujeres no tienen, pues, ningún impedimento para acceder al sepulcro, pero no encontraron el cuerpo. La noticia comenzó a correr.

Las mujeres asombradas, preguntándose qué habría pasado, comienzan a sentir temor, cuando aparecen allí dos hombres con vestidos resplandecientes que los identifican como seres divinos, que tanto Juan como Mateo identifican como ángeles (cfr. Mt 28,2; Jn 20,12), uno de ellos toma la palabra. Es comprensible que las mujeres tuvieran miedo y por eso bajaron la mirada. Los ángeles hacen a las mujeres el primer anuncio de que Jesús estaba vivo, que había resucitado, que se había cumplido en él todo lo que había anunciado mientras estuvo con ellos. Este es el núcleo del relato, el anuncio de la resurrección de Jesús. Ellas ya le habían oído hablar de su pasión y resurrección, que ahora se había perfeccionado. Cuando el ángel les dijo eso, ellas se acordaron de que Jesús ya lo había anunciado (cfr. 9, 22.44). Por eso, fueron corriendo a anunciar el mensaje recibido por el ángel a los once y a todos los demás.

Lucas nos revela quienes eran esas mujeres, y nombra a María, la de Magdala, de la que Jesús había sacado siete demonios, a Juana, la mujer de Cusa, intendente de herodes y a María, la madre de Santiago, el menor, y de José (cfr. 8, 1-3). Mujeres, que acuden corriendo a comunicar la noticia, pero no las creían, recordemos que, en la cultura judía, el testimonio de una mujer tiene poco valor, hay que tener en cuenta que Gén 18, 1-15 considera a la mujer como mentirosa (cuando Sara negó a Abraham lo que Dios le había dicho). Incluso, entre varones se requería el testimonio de dos o tres, para verificar jurídicamente un hecho (Dt 19,15).

Los discípulos consideraron ese testimonio como una locura (cfr. 24, 23-25), simple palabrería. No importaba que el testimonio fuese coherente y consecuentes (en una perspectiva trascendente). Lucas añade, a modo de comentario al margen, la visita de Pedro a la tumba, acompañado por Juan, cuando llegó vio solo los lienzos, el sudario. Pedro se debate entre creer a las mujeres y pensar que han robado el cuerpo.

El texto, en esencia, no recoge una aparición de Jesús resucitado, solo (como es tradicional en esta noche) el relato de la tumba vacía, con el testimonio de los seres angelicales y el de las mujeres. Textos que nos otorgan la posibilidad de confiar, de fiarnos de los testimonios, sin necesidad de más pruebas, sin necesidad de ver, de tocar, de oír... al Señor resucitado, eso lo dejamos para próximos domingos pascuales.

Pretexto

Esta noche es la más grande de todas, ya lo dice el canto de la angélica. Es la noche que ha conocido la resurrección de Cristo, solo la oscuridad de la noche y la del sepulcro, solo Dios estaba allí. Es la esencia de nuestra fe, confiar en el testimonio de las personas que han experimentado en su interior esa resurrección de Cristo, no hay prueba más que la de la tumba vacía. Cada uno de nosotros debe responder en su interior si confía en esos testimonios, si hace caso a la prueba del sepulcro con las vendas, el sudario, la sábana, pero sin cuerpo. Debemos responder, en ello van nuestras vidas, nuestra esperanza, el sentido de nuestra existencia. ¿Creo que el muerto está vivo? ¿En qué afecta esta realidad a mi vida? Feliz Pascua.

Enrique Abad
enrique@dabar.es



Notas para la Homilía

“¿Por qué buscáis al Viviente entre los muertos?”

San Lucas presenta la Resurrección de Jesús como el acontecimiento que hace de bisagra en la historia de la Salvación. Por una parte, este hecho se convierte en el cumplimiento de los oráculos antiguos de los profetas de Israel y de los reiterativos anuncios del mismo Jesús que tenía que “ser entregado en manos de hombres pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar”. Por otra parte, este evento es el comienzo de la misión de la Iglesia de los discípulos de Jesús que han de anunciar a todos los pueblos y a todos los tiempos la gran noticia que cambia el sentido de la historia de la Humanidad.

Aquellas mujeres, que iban a buscar al Crucificado, son las primicias de la Iglesia evangelizadora que, al encontrar el sepulcro abierto y vacío, temen que el odio y la persecución hacia Jesús no terminara con su muerte, sino que se prolongara hasta la tumba. Pero, siendo esto cierto, descubren que es otra la razón de lo vacío que está el sepulcro de Jesús. Aquellas mujeres acogen el mensaje de los dos mensajeros del cielo de que Jesús ya no está en el abismo de la muerte, sino en el Reino de la Vida. Aquellas mujeres constatan que ya no hay sepulcro que contenga a Jesús, porque ha resucitado, tal como había dicho desde su confianza total en el Padre de la Vida. Iban a llorarle y a lamentarse por el pasado más reciente; pero volvieron llenas de la mayor alegría de sus vidas que transmiten, convirtiéndose en Iglesia evangelizadora. Habían acudido al sepulcro del amigo muerto; pero lo abandonan para comunicar la gran noticia de su Resurrección, primicia de una Humanidad resucitada.

El sepulcro ha quedado abierto, abierto para todas las gentes de todos los tiempos, lugares y culturas, como el gran interrogante que toca a las conciencias de todos. ¿Qué ha ocurrido? Nadie puede quedar indiferente, pues la respuesta compromete toda la vida. Se trata de una cuestión tan crucial que no se puede quedar sin respuesta: la libertad personal se pone en juego ante ella. Por eso, hoy renovamos ante la fuente bautismal la libertad que transmite Jesús.

Como ha ocurrido tantas veces en la historia, esta noticia no es creída, a pesar del asombroso futuro que se abre en el corazón de todos ante el testimonio de los que, no solo constatan lo vacío que está el sepulcro, sino también se encuentran personalmente con él, vivo y glorioso, triunfante y cercano... Se trata de una noticia que hay que comunicar a todas las naciones y culturas. Se trata de una noticia para ser proclamada en la encrucijada de los caminos y en las redes sociales. Se trata de la noticia que provoca el encuentro interpersonal entre el Resucitado y sus discípulos. Se trata de la noticia que impulsa a los que la reciben a saberse enviados a transmitirla. Se trata de la noticia que cataliza la presencia alentadora del Resucitado entre sus discípulos a lo largo de la historia. Él está siempre con nosotros. Por eso, hoy celebramos la gran Eucaristía con aquel que reconocemos vivo al partirnos el Pan.

Juan Pablo Ferrer
juanpablo@dabar.es

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5)



Para reflexionar

Nuestra fe se basa en esta noche, se basa en que el que estaba muerto, vive, está vivo, y está vivo ahora, hoy, entre nosotros.

No podemos buscar entre los muertos al que vive. Entre quienes tenemos a nuestro alrededor, Jesús está vivo. Seguro que muchos habréis recibido imágenes, comentarios, videos o historias en las que se nos invita a ver en los pobres, en los marginados, en los últimos a Cristo vivo. Pueden resultar un poco infantiles, pero tienen un fondo de certeza. Juan nos lo enseña en sus cartas, si no amamos al hermano a quien vemos, cómo vamos a amar a Dios a quien no vemos.

Crear que el mismo Dios está vivo, está a mi lado, está permanentemente junto a mí, es el fundamento de nuestra fe. También es cierto, que ha habido quienes han usado esta imagen para condicionar nuestro comportamiento moral y, lo cierto, es que no parece una imagen adecuada. Recuerdo el soneto a Cristo crucificado: "No me mueve, mi Dios, para quererte...". Nuestro comportamiento moral no puede depender de que Jesús esté a nuestro lado, solo puede depender del amor que sintamos por Él, por el simple hecho de que Él nos amó primero.

Nuestra fe, nace esta noche, nace en la resurrección. Dichosos los que crean sin haber conocido esta noche.

Recordad lo que dice el Pregón Pascual. Todo. No tiene desperdicio. ¿En qué se fundamenta mi fe? ¿Realmente creo en que Cristo vive a mi lado?

Para la oración

Dios y Padre nuestro, que en esta noche santa que nos iluminas la Luz de Jesucristo Resucitado; ayúdanos para que las tinieblas alumbren a la Vida de bondad, a esa Verdad brillante y a Jesús como el Camino de nuestras vidas. Por nuestro Señor Jesucristo.



Te presentamos, Señor, lo que tú nos das con el fruto de la tierra y del trabajo de cada día, acógelos, Dios de bondad, y envía sobre ellos tu Espíritu Santo que los transforme en Cuerpo y Sangre del Señor Resucitado. A ti que vives y reinas...



Padre amoroso, siempre tenemos que agradecer lo que haces por nosotros, pero en esta Noche Santa queremos agradecerte que nos hayas resucitado a tu Hijo, al hacerlo, corroboraste lo que había hecho y dicho en su vida terrena, concediéndonos un Hermano mayor en el que fijarnos para poder llegar a Ti. En su resurrección nos enseñaste que merece la pena entregar la vida por quienes amamos y que ningún sacrificio queda sin recompensa. Por eso, llenos de la alegría de esta Noche pascual, con todos tus amigos y los que están contigo en el cielo, te cantamos...



Te damos gracias, Padre de bondad, porque nos has alimentado con la fortaleza del amor de tu Hijo Resucitado. Al terminar esta Vigilia te pedimos que nos concedas ser testigos de su Resurrección en nuestras familias, en nuestros trabajos, en nuestros grupos de amigos, siempre y en todo momento. Por el mismo Jesucristo...



Cantos

Rito de la luz: ¡Oh luz gloriosa! (L. Deiss) ¡Sois la luz que tiene que alumbrar! (L. Guitarra); Luz de Cristo; Cuando llega la luz (Barja); Cristo, Luz del mundo (Rubalcaba)

Gloria. Gloria a Dios, en lo alto del cielo; Gloria, gloria (canon) (Taizé)

Liturgia de la Palabra: Salmos, El Espíritu del Señor (Bedmar); Oh, Señor, envía (Deiss); Tu palabra me da vida; El Señor es mi fuerza (estrofas 1 y 4); Cantemos al Señor (1CLN-O 2); Como el ciervo (1CLN-A 2); Te ensalzaré, Señor (1CLN-524); ¡Este es el día en que actuó el Señor!; Aleluya de la tierra (Brotos de Olivo);

Liturgia bautismal. Una nueva vida (1CLN-426); A las fuentes de agua viva (Erdozain); Iglesia santa (1CLN-428); Fuente bautismal (1CLN-427); Un solo Señor.

Letanías. Pueden usarse las respuestas 1CLN-G 3 y G 4.

Ofrendas. Canticorum iubilo (Haendel); Este es el día en que actuó el Señor (Manzano).

Santo. Aragües

Comunión. Te conocimos Señor al partir el pan (Madurga); Resucitó, resucitó (Argüello); Canta con júbilo (Erdozain); Fiesta del banquete; A tu aire (Javi Sánchez); Muéveme mi Dios hacia Ti (Ixcis).

Final. ¡Hoy el Señor resucitó! (espiritual negro); Yo te resucitaré (Toolan); Aleluya, el Señor resucitó; Aleluya (Haendel); Regina coelli.

La misa de hoy

Monición de entrada

En esta noche no hay oscuridad, sino luz. ¡Es la Pascua! Una cuestión nos interroga e inquieta: ¿Por qué buscáis en la muerte al que está vivo? Es la cuestión de las cuestiones, el interrogante de los interrogantes. La gran cuestión que remueve nuestro interior y nuestra esperanza. Y esta cuestión increíble la planteamos nosotros a todos en esta noche, porque en ella nos va la vida: ¡En verdad, Cristo ha resucitado! Este fuego luminoso y convocador, símbolo de Cristo, nos hace sentir que él está vivo. La Palabra de Dios nos va a revelar que hasta los sinsentidos absurdos, como el de la cruz de Jesús, tienen sentido con

la Resurrección de Jesús. Nos meteremos de nuevo en las aguas del bautismo, renovando sus promesas. Nos pondremos alrededor de la mesa de familia para recordar agradecidos que su resurrección es nuestra resurrección y que su destino de vida es también el nuestro. Y por fin, el Resucitado nos enviará a comunicar a los demás, con quienes convivimos, que tenemos futuro. Disfrutemos, pues, de esta noche tan llena de esperanza y alegría.

Pregón Pascual

La llama de este cirio pascual, símbolo de Cristo, ambienta la proclamación del Pregón Pascual, anunciando la Pascua, la fiesta de la Luz. Se trata de toda una invitación a alejar la increencia de aquellos para quienes Cristo está muerto, ¡y no lo está! Proclamemos, al escuchar el Pregón Pascual con nuestras llamas en alto, que Jesús está vivo más allá de la muerte, que él es el viviente y que gracias a él estamos destinados a vivir.

Monición a las lecturas del Antiguo Testamento

Escuchar las lecturas del Antiguo Testamento a la luz de la Resurrección de Jesús nos ayuda a descubrir este acontecimiento como la gran Creación de Dios, como la gran unión de Dios con la Humanidad, la cual se apresura aceleradamente hacia su futura transformación a imagen del Resucitado. ¡ÉL es nuestra esperanza!

Dejémonos llevar, pues, por el asombro desconcertante de la Historia de la Salvación en la que Dios se ha empeñado, más que nosotros, en nuestra dicha y felicidad. En los comienzos, Dios ha creado todo con amor... Hoy con el mismo amor, nos hace renacer en Cristo. En el pasado de Israel, Dios lo hizo pasar de la esclavitud a la libertad... Hoy en Jesús pasamos de la muerte a la vida.

Antaño Dios hizo Alianza con Israel... Hoy esa Alianza es nueva, siempre nueva, gracias a Jesús.

Monición al Gloria y encendido del altar

Tras toda la cuaresma sin "Gloria" ni "Aleluya", tras todo este rato, en el que la única iluminación que hemos tenido ha sido la de Cristo Resucitado simbolizado en el cirio pascual, nuestra celebración se llena de esa luz de Cristo, de esta alegría pascual que manifestamos cantando (recitando) el "Gloria" y el "Aleluya" tras la lectura apostólica. Luz, campanas, canto, flores... hemos abandonado el luto por la muerte de Cristo, porque ha resucitado, como hemos cantado en el Pregón. Toda la Historia de la Salvación que hemos recogido en las lecturas del Antiguo Testamento nos traen hasta este cénit de la Historia de la Humanidad que es Cristo.

Monición a la lectura apostólica

Hoy es el día bautismal por excelencia, en el que anualmente renovamos nuestro Bautismo. Por eso, escuchar al apóstol Pablo nos confronta con la gran decisión de nuestras vidas, pues el Bautismo nos encamina a morir a lo inhumano que hay en nosotros y a vivir la novedad de la resurrección de Cristo, que nos hace estar ya anticipadamente salvados.

Salmo Responsorial (Sal 117)

Monición: Hermanas, hermanos, os anuncio una gran alegría: ¡el Aleluya! Durante toda la Cuaresma, desde el 5 de marzo pasado, hemos "ayunado" de este canto de alegría y alabanza al Dios de la Vida y la Libertad, y, por fin, hoy lo cantamos con todo el corazón.

Aleluya, aleluya, aleluya.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia.

Aleluya, aleluya, aleluya.

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor.

Aleluya, aleluya, aleluya.

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente.

Aleluya, aleluya, aleluya.

Monición a la Lectura Evangélica

San Lucas presenta en la Resurrección de Jesús el gran protagonismo de las mujeres en la inauguración de un nuevo mundo. Su asombro y el de los que reciben esta noticia así lo expresan. Mientras los mismos Apóstoles no las creen, las tres mujeres acogen con fe el mensaje de los ángeles y se convierten en "las Apóstoles" de los Apóstoles, congregando a todos a la misión universal.

LITURGIA BAUTISMAL

Monición a la bendición del agua bautismal

La Pascua de Jesús nos concierne a todos. Así lo manifiesta el sacramento del



Bautismo que hoy vamos a conmemorar ante el agua bautismal. Fue, por el testimonio de un creyente o por la experiencia de un acontecimiento de la vida, que llegamos un día al encuentro personal con Jesús. Este encuentro nos cambió la vida y nos encaminó a la conversión y la misión.

Profesión de fe

Decidirse por seguir a Jesús es como subir a Jerusalén, donde Jesús vivió su experiencia pascual y donde comenzó la Iglesia su misión. También supone tomar un camino y abandonar el que le es incompatible, unificando nuestra existencia en torno a Jesús, a quien nos adherimos totalmente en el seno de la Iglesia, primicia de la nueva humanidad.

Aspersión con el agua bendecida

Un mundo nuevo surge en esta noche. Como signo de esta novedad, acojamos el agua bendecida para el sacramento del Bautismo, verdadera lluvia desbordante en la tierra seca de nuestra vida. Este gesto nos confronta con esta cuestión: ¿Qué hemos hecho de nuestro Bautismo? ¿Nos hemos configurado con Jesús? ¿Hay compartimentos en nuestra vida en los que no está Jesús?

Oración de los fieles

En esta noche santa en la que acogemos a todos los hombres y mujeres de nuestro mundo, oremos por todos los que sufren en su cuerpo, en su ánimo o en su espíritu:

- Por la unión de todas las Iglesias, de todos los cristianos, seamos católicos, protestantes u ortodoxos, que este año coincidimos en la misma fecha de Pascua, para que juntos nos encontremos en la búsqueda de la verdad plena del Evangelio, búsqueda impulsada por el Espíritu Santo, roguemos al Señor.

- Por todos los que tenemos responsabilidad en la transformación de la vida social, para que nuestros deseos se encaminen hacia la creación nueva que surge de la resurrección de Jesús, a cuya imagen todo se va transformando, roguemos al Señor.

- Por nuestros hermanos que sufren la enfermedad, las limitaciones físicas y anímicas... para que la resurrección de Jesús levante su esperanza y sus esfuerzos por

superar el mal, el dolor y la muerte, roguemos al Señor.

- Por todos nosotros, enviados como aquellas mujeres a anunciar la realidad del Resucitado, primicia de nuestra futura resurrección, roguemos al Señor.

Señor Jesucristo, escucha nuestras plegarias y extiende tus manos, que llevan todavía las señas de tu Cruz, sobre tus discípulos de hoy, que hemos puesto toda nuestra esperanza en tu resurrección. Tú que vives y reinas, inmortal y glorioso, por los siglos de los siglos.

Despedida

Tras el encuentro con Jesús resucitado, cuya palabra nos ha asegurado que está vivo y presente aquí y en las calles de nuestras ciudades y pueblos, llevemos su esperanza a todos los hermanos, con los que nos encontramos cada día. Ellos percibirán las razones de nuestra esperanza en nuestra sonrisa, nuestra alegría, nuestro servicio... y sobre todo en nuestra cercanía. A todos llamamos hermanos, porque hemos recibido la misma vida de Dios. Esa vida es... la del Resucitado. En su contra la muerte física o biológica no puede nada. Por eso, id a comunicar la esperanza recibida con la Resurrección de Cristo. Podéis ir en paz. ¡Aleluya, aleluya!





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Vigilia pascual, 19 abril 2025, Año LI, Ciclo C

GÉNESIS 1,1-2,2

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era un caos informe; sobre la faz del abismo, la tiniebla. Y el aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: «Que exista la luz». Y la luz existió. Y vio Dios que la luz era buena. Y separó Dios la luz de la tiniebla; llamó Dios a la luz «Día»; a la tiniebla, «Noche». Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero. Y dijo Dios: «Que exista una bóveda entre las aguas, que separe aguas de aguas». E hizo Dios una bóveda y separó las aguas de debajo de la bóveda de las aguas de encima de la bóveda. Y así fue. Y llamó Dios a la bóveda «Cielo». Pasó una tarde, pasó una mañana: el día segundo. Y dijo Dios: «Que se junten las aguas de debajo del cielo en un solo sitio, y que aparezcan los continentes». Y así fue. Y llamó Dios a los continentes «Tierra», y a la masa de las aguas la llamó «Mar». Y vio Dios que era bueno. Y dijo Dios: «Verdee la tierra hierba verde que engendre semilla, y árboles frutales que den fruto según su especie y que lleven semilla sobre la tierra». Y así fue. La tierra brotó hierba verde que engendraba semilla según su especie, y árboles que daban fruto y llevaban semilla según su especie. Y vio Dios que era bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día tercero. Y dijo Dios: «Que existan lumbreras en la bóveda del cielo, para separar el día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años; y sirvan de lumbreras en la bóveda del cielo, para dar luz sobre la tierra». Y así fue. E hizo Dios dos lumbreras grandes: la lumbrera mayor para regir el día, la lumbrera menor para regir la noche, y las estrellas. Y las puso Dios en la bóveda del cielo, para dar luz sobre la tierra; para regir el día y la noche, para separar la luz de la tiniebla. Y vio Dios que era bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día cuarto. Y dijo Dios: «Pululen las aguas un pulular de vivientes, y pájaros vuelen sobre la tierra frente a la bóveda del cielo». Y creó Dios los cetáceos y los vivientes que se deslizan y que el agua hizo pulular según sus especies, y las aves aladas según sus especies. Y vio Dios que era bueno. Y Dios los bendijo, diciendo: «Creced, multiplicaos, llenad las aguas del mar; que las aves se multipliquen en la tierra». Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto. Y dijo Dios: «Produzca la tierra vivientes según sus especies: animales domésticos, reptiles y fieras según sus especies». Y así fue. E hizo Dios las fieras según sus especies, los animales domésticos según sus especies y los reptiles según sus especies. Y vio Dios que era bueno. Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos, los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo, los vivientes que se mueven sobre la tierra». Y dijo Dios: «Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la faz de la tierra; y todos los árboles frutales que engendran semilla os servirán de alimento; y a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra, a todo ser que respira, la hierba verde les servirá de alimento». Y así fue. Y vio Dios todo lo que había hecho; y era muy bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto. Y quedaron concluidos el cielo, la tierra y sus ejércitos. Y concluyó Dios para el día séptimo todo el trabajo que había hecho; y descansó el día séptimo de todo el trabajo que había hecho.

GÉNESIS 22,1-18

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán, llamándole: «¡Abrahán!» Él respondió: «Aquí me tienes». Dios le dijo: «Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio en uno de los montes que yo te indicaré». Abrahán madrugó, aparejó el asno y se llevó consigo a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el sacrificio y se encaminó al lugar que le había indicado Dios. El tercer día levantó Abrahán los ojos y descubrió el sitio de lejos.



Y Abrahán dijo a sus criados: «Quedaos aquí con el asno; yo con el muchacho iré hasta allá para adorar, y después volveremos con vosotros». Abrahán tomó la leña para el sacrificio, se la cargó a su hijo Isaac, y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos. Isaac dijo a Abrahán, su padre: «Padre». Él respondió: «Aquí estoy, hijo mío». El muchacho dijo: «Tenemos fuego y leña, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio?» Abrahán contestó: «Dios proveerá el cordero para el sacrificio, hijo mío». Y siguieron caminando juntos. Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán tomó el cuchillo para degollar a su hijo; pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abrahán, Abrahán!» Él contestó: «Aquí me tienes». El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo». Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo. Abrahán llamó aquel sitio «El Señor ve», por lo que se dice aún hoy «El monte del Señor ve». El ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán desde el cielo: «Juro por mí mismo -oráculo del Señor-: Por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido».

ÉXODO 14, 15-15, 1

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés: «¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los israelitas que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los israelitas entren en medio del mar a pie enjuto. Que yo voy a endurecer el corazón de los egipcios para que los persigan, y me cubriré de gloria a costa del Faraón y de todo su ejército, de sus carros y de los guerreros. Sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando me haya cubierto de gloria a costa del Faraón, de sus carros y de sus guerreros». Se puso en marcha el ángel del Señor, que iba al frente del ejército de Israel, y pasó a retaguardia. También la columna de nube de delante se desplazó de allí y se colocó detrás, poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de los israelitas. La nube era tenebrosa, y transcurrió toda la noche sin que los ejércitos pudieran trabar contacto. Moisés extendió su mano sobre el mar, y el Señor hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del este, que secó el mar, y se dividieron las aguas. Los israelitas entraron en medio del mar a pie enjuto, mientras que las aguas formaban muralla a derecha e izquierda. Los egipcios se lanzaron en su persecución, entrando tras ellos, en medio del mar, todos los caballos del Faraón y los carros con sus guerreros. Mientras velaban al amanecer, miró el Señor al campamento egipcio, desde la columna de fuego y nube, y sembró el pánico en el campamento egipcio. Trabó las ruedas de sus carros y las hizo avanzar pesadamente. Y dijo Egipto: «Huyamos de Israel, porque el Señor lucha en su favor contra Egipto». Dijo el Señor a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, y vuelvan las aguas sobre los egipcios, sus carros y sus jinetes». Y extendió Moisés su mano sobre el mar; y al amanecer volvía el mar a su curso de siempre. Los egipcios, huyendo, iban a su encuentro, y el Señor derribó a los egipcios en medio del mar. Y volvieron las aguas y cubrieron los carros, los jinetes y todo el ejército del Faraón, que lo había seguido por el mar. Ni uno solo se salvó. Pero los hijos de Israel caminaban por lo seco en medio del mar; las aguas les hacían de muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó el Señor a Israel de las manos de Egipto. Israel vio a los egipcios muertos, en la orilla del mar. Israel vio la mano grande del Señor obrando contra los egipcios, y el pueblo temió al Señor, y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo. Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este canto al Señor.

ISAÍAS 54, 5-14

El que te hizo te tomará por esposa; su nombre es Señor de los ejércitos. Tu redentor es el Santo de Israel, se llama Dios de toda la tierra. Como a mujer abandonada y abatida te vuelve a llamar el Señor; como a esposa de juventud, repudiada -dice tu Dios-. Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te reuniré. En un arrebató de ira te escondí un instante mi rostro, pero con misericordia eterna te quiero -dice el Señor, tu redentor-. Me sucede como en tiempo de Noé: juré que las aguas del diluvio no volverían a cubrir la tierra; así juro no airarme contra ti ni amenazarte. Aunque se retiren los montes y vacilen las colinas, no se retirará de ti mi misericordia, ni mi alianza de paz vacilará -dice



el Señor, que te quiere-. ¡Oh afligida, zarandeada, desconsolada! Mira, yo mismo coloco tus piedras sobre azabaches, tus cimientos sobre zafiros; te pondré almenas de rubí, y puertas de esmeralda, y muralla de piedras preciosas. Tus hijos serán discípulos del Señor, tendrán gran paz tus hijos. Tendrás firme asiento en la justicia. Estarás lejos de la opresión, y no tendrás que temer; y lejos del terror, que no se te acercará.

ISAÍAS 55,1-11

Así dice el Señor: «Oíd, sedientos todos, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar vino y leche de balde. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta, y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos, y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclina el oído, venid a mí: escuchadme, y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David: a él lo hice mi testigo para los pueblos, caudillo y soberano de naciones; tú llamarás a un pueblo desconocido, un pueblo que no te conocía correrá hacia ti; por el Señor, tu Dios, por el Santo de Israel, que te honra. Buscad al Señor mientras se le encuentra, invocadlo mientras esté cerca; que el malvado abandone su camino, y el criminal sus planes; que regrese al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos -oráculo del Señor-. Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes, que vuestros planes. Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mi vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo».

BARUC 3, 9-15.32-4,4

Escucha, Israel, mandatos de vida; presta oído para aprender prudencia. ¿A qué se debe, Israel, que estés aún en país enemigo, que envejecas en tierra extranjera, que estés contaminado entre los muertos, y te cuenten con los habitantes del abismo? Es que abandonaste la fuente de la sabiduría. Si hubieras seguido el camino de Dios, habitarías en paz para siempre. Aprende dónde se encuentra la prudencia, el valor y la inteligencia; así aprenderás dónde se encuentra la vida larga, la luz de los ojos y la paz. ¿Quién encontró su puesto o entró en sus almacenes? El que todo lo sabe la conoce, la examina y la penetra. El que creó la tierra para siempre y la llenó de animales cuadrúpedos; el que manda a la luz, y ella va, la llama, y le obedece temblando; a los astros que velan gozosos en sus puestos de guardia, los llama, y responden: «Presentes», y brillan gozosos para su Creador. Él es nuestro Dios, y no hay otro frente a él; investigó el camino de la inteligencia y se lo enseñó a su hijo, Jacob, a su amado, Israel. Después apareció en el mundo y vivió entre los hombres. Es el libro de los mandatos de Dios, la ley de validez eterna: los que la guarden vivirán; los que la abandonen morirán. Vuélvete, Jacob, a recibirla, camina a la claridad de su resplandor; no entregues a otros tu gloria, ni tu dignidad a un pueblo extranjero. ¡Dichosos nosotros, Israel, que conocemos lo que agrada al Señor!

EZEQUIEL 36,16-28

Me vino esta palabra del Señor: «Hijo de Adán, cuando la casa de Israel habitaba en su tierra, la profanó con su conducta, con sus acciones; como sangre inmunda fue su proceder ante mí. Entonces derramé mi cólera sobre ellos, por la sangre que habían derramado en el país, por haberlo profanado con sus idolatrías. Los esparcí entre las naciones, anduvieron dispersos por los países; según su proceder, según sus acciones los sentenció. Cuando llegaron a las naciones donde se fueron, profanaron mi santo nombre; decían de ellos: “Éstos son el pueblo del Señor, de su tierra han salido”. Sentí lástima de mi santo nombre, profanado por la casa de Israel en las naciones a las que se fue. Por eso, di a la casa de Israel: Esto dice el Señor: “No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre, profanado por vosotros, en las naciones a las que habéis ido. Mostraré la santidad de mi nombre grande, profanado entre los gentiles, que vosotros habéis profanado en medio de ellos; y conocerán los gentiles que yo soy el Señor -oráculo del Señor-, cuando les haga ver mi santidad al castigarlos. Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países, y os



llevaré a vuestra tierra. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar. Y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios”».

ROMANOS 6,3-11

Hermanos: Los que por el bautismo nos incorporarnos a Cristo fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Porque, si nuestra existencia está unida a él en una muerte como la suya, lo estará también en una resurrección como la suya. Comprendamos que nuestra vieja condición ha sido crucificada con Cristo, quedando destruida nuestra personalidad de pecadores, y nosotros libres de la esclavitud al pecado; porque el que muere ha quedado absuelto del pecado. Por tanto, si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

LUCAS 24,1-12

El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y, entrando, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas, despavoridas, miraban al suelo, y ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo estando todavía en Galilea: “El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar”». Recordaron sus palabras, volvieron del sepulcro y anunciaron todo esto a los Once y a los demás. María Magdalena, Juana y María, la de Santiago, y sus compañeras contaban esto a los apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron. Pedro se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose, vio sólo las vendas por el suelo. Y se volvió admirándose de lo sucedido.

